

Dr. Julio Plaut (\*)

## La enseñanza de los idiomas extranjeros en Chile



NO es poco curioso que en el extremo sur del Continente Americano se encuentre un país que pueda compararse, en cuanto a progreso de la enseñanza de idiomas extranjeros, con los estados más avanzados de Europa. Es Chile. En ese país la reforma fué provocada por un hombre del más alto mérito, el Dr. Rodolfo Lenz. El es, por decirlo así, Maestro y Soberano en la enseñanza de idiomas”.

Estas magníficas palabras de los famosos expertos en metodología, Charles Schweitzer y Emile Simonnot, que he mantenido vivas durante muchos años, junto con el autorizado juicio del eminente filólogo Paul Passy, quien expresó que Chile y Dinamarca son los países en que mejor se enseñan las lenguas modernas, me impulsaron a radicarme en esta preciosa tierra. Los insistentes y bien intencionados consejos de mis grandes amigos, los renombrados lingüistas Daniel Jones (en Londres) y Georges Thudichum (en Ginebra), en cuanto a que Chile me ofrecía el campo más propicio para el desarrollo fructífero de mi misión metodológica, me estimularon a procurar fervorosamente mi traslado a este país.

(\*) Profesor del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Pero ¡cuán enorme fué mi sorpresa al constatar que la realidad contrastaba absolutamente con la opinión unánime que reinaba en las esferas educacionales europeas!

No me refiero a la desdicha de no haber hallado la comprensión que esperaba para otorgar debida y eficazmente todas mis posibilidades y afanes en beneficio de mi nueva patria, sino al notorio atraso que predomina en los métodos de enseñanza de idiomas extranjeros. Por esto destacaré mis observaciones sobre un estado tan inapropiado, obtenidas a través de mis múltiples cursos de francés e inglés en el Departamento de Extensión Cultural y en las Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile, así como en varios establecimientos de la enseñanza secundaria y en numerosísimas clases de inglés, francés y alemán a médicos, abogados, industriales y otros profesionales, y especialmente en la preparación de alumnos para exámenes de humanidades y bachillerato. En cada uno de los casos comprobé que aquellos discípulos, después de los seis años de instrucción en la lengua respectiva, entendían muy poco y no podían expresar ni la más simple de sus ideas. Cada día surgía en mí la inquietante pregunta: ¿Qué valor intrínseco tiene la enseñanza impartida en los liceos, si la materia de todo un año de estudios puede ser tratada por un profesor privado en un plazo de una o dos semanas?

Mi dilatada experiencia de muchos años de práctica docente en Chile, me incita a formular una objeción al sistema de exámenes. Ella se refiere a la necesidad, psicológica y pedagógicamente justificada, de abolir los exámenes, los cuales dan pábulo a que los alumnos desdeñen las clases que el profesor dicta durante el año, con la esperanza de adquirir en pocos días lo que no han realizado en cuatro bimestres. Con la supresión de esta barrera se daría mayor validez a la enseñanza misma, exigiendo al alumno un rendimiento máximo y constante en todas sus clases.

Este beneficioso cambio tendría con el tiempo un magnífico efecto sobre las virtudes espirituales del niño y del adolescente. El memorizar los textos más difíciles sin la más mínima comprensión,

defecto que atañe por igual a otros países latinoamericanos, es —como me han manifestado psicólogos y pedagogos vastamente conocidos entre nosotros— la prueba fehaciente de una pereza mental. En la salud intelectual como física, cuenta sólo lo que se digiere y no lo que se come. La medida propuesta en cuanto a la eliminación de los exámenes, significaría un primer paso hacia una deseable y espléndida reeducación, procurando al niño el desenvolvimiento del innato don de pensar, imprescindible para el desarrollo de una personalidad responsable.

En medio de una atmósfera en que han imperado la falta de una comprensión cabal acerca de la enorme importancia de nuestro gravísimo problema nacional y la desidia frente a su solución, tuve la fortuna de encontrar asentimiento en la mente de selectos colegas progresistas, sobre todo en la de mi excelente amigo y entusiasta adepto, don Héctor Gómez Matus, quien dice textualmente (“Revista de Educación”, Núm. 44, año VII, agosto 1947, pág. 220 y siguientes):

“Si consideramos el aspecto económico, nos asombraremos al constatar que son más de cien millones los que se gastan anualmente (el cálculo corresponde a 1947) en Chile para enseñar idiomas extranjeros y que de esta suma por lo menos cincuenta millones son aportados por el Erario Nacional.

“Si juzgamos, en seguida, la importancia del problema por el tiempo que las asignaturas (inglés y francés) ocupan en los horarios de clase de los colegios de enseñanza secundaria, nos sorprenderemos al comprobar que más de un 25% del total de las horas de clases de humanidades, es destinado a la enseñanza de idiomas extranjeros. Y, si, finalmente, tratamos de aquilatar el esfuerzo intelectual que demanda el aprendizaje de idiomas extranjeros, veremos que hay decenas de miles de niños y jóvenes que, a todas las horas del día, desde Arica a Magallanes, están curvados sobre sus libros y cuadernos estudiando las lecciones de inglés y de francés durante los mejores años de su juventud.

“¿Estamos sacando del tiempo, del esfuerzo y del dinero que invertimos en esta actividad, el fruto que es justo esperar? ¡No, de

ninguna manera! Las impresiones parecen ser unánimes en el sentido de que el rendimiento que se obtiene no guarda relación ni con el tiempo, ni con el esfuerzo, ni con el dinero que se invierte en la enseñanza de idiomas extranjeros...

“La comprobación del fracaso no está exenta de disgusto y es frecuente oír decir a los ex alumnos de la educación secundaria: “¡He estudiado seis años, he asistido a miles de horas de clase y no entiendo nada! ¿Seré yo el incapaz o no habrán sabido enseñarme?”

Este concepto, cuya verdad emana de manera precisa y justificada, fué para mí uno de los estímulos inapreciables que contribuyeron a impulsarme en la consecución de mi misión científica no obstante la restricción de mi actividad docente.

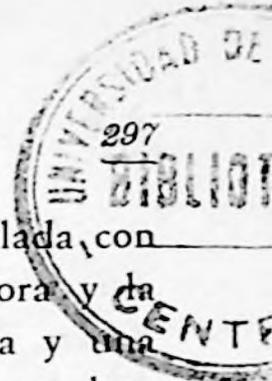
Añadidos al efecto que me produjeron las ideas recientemente citadas, tres factores de positivo valor han culminado en impelerme a romper mi silencio después de quince años. Ellos son:

1. Un notable mejoramiento de la enseñanza superior originado y efectuado por mis estimados colegas del Instituto Pedagógico;

2. Los eficientes conocimientos y la ética profesional de un extenso sector del profesorado secundario, que en varias oportunidades han aplaudido calurosamente mis innovaciones metodológicas y su realización práctica;

3. La clarísima inteligencia y aptitud lingüística excepcional del niño chileno, quien cae en el aburrimiento con clases muertas, monótonas y estériles; pero, al contrario, se enciende lleno de vibrante entusiasmo con lecciones vivas y animadas, cuya médula está formada por amenidad y dinamismo y cuyo éxito se garantiza plenamente por el vasto uso de sus órganos y tendencias naturales.

El rezago de la enseñanza de idiomas, por muchos comprobado y por tantos otros dolorosamente sentido, ha constituido y constituye aún la fuente inagotable de mis permanentes e intensas preocupaciones. Sin criticar jamás a los dirigentes idóneos ni inmiscuirme en la tarea de los profesores, me esforcé por comprender este retroceso didáctico y compenetrarme de la situación pedagógica chilena. Con estricta objetividad traté incansablemente de clarificar este enigma,



o sea, el marcado contraste entre la opinión europea ya señalada, con respecto a la enseñanza de las lenguas vivas en Chile otrora y la mermada realidad actual. Con un severo sentido de justicia y una decidida actitud impersonal, pugné por averiguar las razones que han debido producir tan sensible descenso en la enseñanza. Son varias:

1. Sin tocar en lo más mínimo los indiscutidos y elevados méritos del Dr. Lenz, hay que constatar objetivamente sus imprevisiones psicológicas en lo que se refiere:

a) A no haber vislumbrado la necesidad de afianzar sus sanas ideas metodológicas, creando escuela, es decir, formando un equipo de especialistas que dieran firmeza a su prédica en favor de los principios del método directo, y así asegurar la continuación de su magnífica labor;

b) A haber depositado una confianza no enteramente justificada en que sus colaboradores y discípulos realizaran fielmente la parte que les correspondía en la práctica de la lengua;

c) A no haber previsto las dificultades con que iban a tropezar los profesores para perfeccionarse y ponerse al día en el manejo del idioma hablado.

2. El desaparecimiento del Dr. Lenz, quien esperaba que sus alumnos en su futura carrera profesional tuvieran siempre presentes los principios recogidos en las aulas del maestro, produjo una creciente negligencia de su aplicación por falta de la influencia directa del extinto catedrático. En efecto, sus sucesores no siguieron con el mismo tesón, ni atinaron a perpetuar la docta orientación adquirida.

3. La reacción negativa en contra del método directo fué causada mayormente por la influencia contraproducente de los Estados Unidos, es decir, por las finalidades y métodos que se asignaba a la enseñanza de idiomas extranjeros en ese país. Los norteamericanos, por serles del todo superfluo aprender otra lengua fuera de la suya, mundialmente difundida, sólo se interesaban por el aspecto cultural del problema. Para ese objeto bastaba con comprender un texto y traducirlo, en forma similar a aquella en que se procede con las lenguas muertas.

4. La fácil adaptación de los profesores a este sistema se produjo por razón de la mayor comodidad que él ofrece para la enseñanza, complaciendo con ello el concepto humanamente comprensible de aquellos que hacían prevalecer la facilidad didáctica sobre la eficacia de su trabajo. En verdad, influyó en cierto grado la ley del menor esfuerzo frente a la coexistencia y pugna de dos tendencias metodológicas divergentes.

5. Las dificultades de comunicaciones con Europa a raíz de la primera guerra mundial, intensificaron las relaciones con los Estados Unidos, y se incrementaron las visitas de profesores chilenos a las universidades norteamericanas. Fueron ellos, a su regreso, los propiciadores del cambio de orientación en la enseñanza de idiomas, produciendo el abandono casi total del método directo.

6. Como reflejo de esta extraviada modalidad de instrucción, se implantó la nueva forma de exámenes adoptada para el bachillerato todavía vigente, según la cual el candidato sólo debe demostrar su capacidad para comprender un texto y —cosa extraña— contestar algunas preguntas en *castellano*, procedimiento insólito o tal vez paradójal, un tanto ajeno a las justas normas y sanas prácticas pedagógicas. Tal ha sido la prueba postrera y más notoria que ha venido a consolidar el desviado sistema.

7. Otra causa del nuevo rumbo fué la modificación de los programas, sobre todo en el segundo ciclo, que exigían casi exclusivamente traducciones de piezas literarias. La prosecución de la habilidad requerida para la versión literal, destruyó completamente los frutos alcanzados en los primeros años e impidió una continuidad natural y benéfica del aprendizaje.

8. Un factor decisivo en la paralización del desarrollo de las rectas técnicas metodológicas fué la consagración de textos tan rutinarios como deficientes y de antologías que contienen trozos en estilo tan difícil y arcaico que no los entiende ni aún gran parte de la gente culta, que posee la lengua como idioma materno.

9. Una causa significativa es, asimismo, el carácter conformista de muchos educadores, quienes han mantenido esta lamentable res-

tricción de las finalidades de la enseñanza de idiomas, aún después que los norteamericanos, convencidos de su fatal error, cambiaron radicalmente los procedimientos que legaron a los profesores de nuestro país. La pasada guerra mundial les demostró plenamente esta equivocación, y hoy día Estados Unidos es la cuna de los mayores esfuerzos para estructurar métodos modernos, científicos y a la vez naturales, que contemplan el aprendizaje de las lenguas vivas en su cuádruple integración: de entender, hablar, leer y escribir. Llegaron hasta introducir el sistema más novedoso: el auditivo, con el término de "oral approach". Pero si en aquella nación la docencia evolucionó y se llevó a cabo un movimiento incontenible destinado a reformarla, esto es, a corregir sus defectos, en Chile, por el contrario, se ha estagnado.

10. El último motivo es una reacción originada por las imperfecciones del propio método directo, entre las cuales la más sobresaliente es la excesiva utilización de la vista en desmedro del oído, que es el sentido natural, por el cual penetra a la conciencia el fenómeno del lenguaje. Sus deficiencias, que se exhiben nítidamente en diversas disciplinas lingüísticas y especialmente en la gramática —núcleo distintivo y revolucionario de mis investigaciones científicas— me condujeron a concebir y estructurar el método auditivo. Jamás he pretendido imponerlo, ni siquiera proponerlo —dada la índole totalmente antitética de las pragmáticas y programa en vigencia. Sin embargo, con sumo agrado expondría in extenso los principios y la aplicación de mi didáctica ante el profesorado que se interesare por ello. Nada me proporcionaría una felicidad más profunda e intensa que el consentimiento de las autoridades para una libre y amplia divulgación de mi método en las instituciones de instrucción superior, con la finalidad de plasmar a profesores de idiomas extranjeros, impregnándoles de la nueva tendencia y adoctrinándoles técnica y prolijamente.

Si nosotros nos cegamos ante los imperativos de la vida moderna y nos apartamos del predicamento de la verdad, perdemos *ipso facto* la conexión dinámica con la actualidad. Sería un extremado desacier-

to el destruir los justos anhelos e intereses de nuestra juventud, que debe marchar a la vanguardia de la civilización y que tiene pleno derecho al usufructo de sus progresos. La asombrosa rapidez de los medios de transporte en esta era del avión, como asimismo la radio y la absoluta necesidad de contacto directo entre los diferentes pueblos, han hecho resurgir con un renovado impulso el estudio práctico de los idiomas extranjeros, sus técnicas y fundamentos en la ciencia lingüística.

Previendo las posibles dificultades ante un cambio metodológico radical, cual sería la implantación del método auditivo, y con sumo respeto por las opiniones adversas, creo atinado presentar los primeros puntos de una reforma gradual:

1. La modificación del examen del bachillerato en el sentido de exigir las respuestas de la prueba escrita en el idioma extranjero, sin recurrir al castellano, y asimismo requerir una interrogación oral;

2. Una reforma del programa, especialmente del quinto y sexto año de humanidades, dando importancia fundamental no sólo a la literatura, sino también a materias de interés general en relación con la cultura, la técnica y lo social, estableciendo así una perfecta armonía con la orientación y normas de los cuatro primeros años;

3. La producción de textos adecuados, de acuerdo con los postulados modernos;

4. La utilización de medios especiales, tales como discos, que han sido reconocidos mundialmente como auxiliares inestimables;

5. Un constante mejoramiento de la preparación técnica y científica de los futuros profesores, para lo cual se hacen imprescindibles, entre otras medidas, una apreciable reducción de ramos de carácter general y un considerable énfasis en las asignaturas de índole especializada;

6. Conferencias sobre la disciplina metodológica y cursos de capacitación para los maestros en servicio;

7. Designación de funcionarios expertos, cuya tarea sea la de orientar a los profesores a través de lecciones de demostración y fre-

cuentas observaciones de sus clases, con el objeto de producir de esta manera el deseado avance y modernización de la enseñanza.

Las medidas propuestas —especialmente las dos primeras— comenzarían muy pronto a ejercer una fructífera influencia en pro de la calidad de la enseñanza de idiomas en los establecimientos secundarios y devolverían al país la prístina fama de que gozaba en este campo, habiendo llegado hasta igualarse con los más adelantados de Europa.

Me es altamente honroso y grato culminar esta disertación con las finas y sabias palabras del distinguido señor Superintendente, ex Ministro de Educación Pública y ex Secretario General de la Universidad de Chile, don Enrique Marshall, quien expresó hace ya diez años su valioso concepto sobre esta materia en los términos siguientes:

“En Chile, en general, las lenguas vivas se aprenden como si fueran lenguas muertas. Nuestros bachilleres, en el mejor de los casos, son capaces de traducir los idiomas que han estudiado en el liceo. No dominan, ni aspiran a dominar, el lenguaje hablado.

“Necesitamos hoy que los jóvenes posean realmente un idioma extranjero por lo menos, el inglés. Para ello se requiere que se modifique, en forma radical, el método de aprendizaje.

“El método auditivo, patrocinado entre nosotros con entusiasmo por un filólogo distinguido, el doctor Julio Plaut, puede constituir un excelente medio para la enseñanza de una lengua viva en forma directa, o sea, sin que la palabra española se interponga entre el objeto y la palabra extranjera en estudio y, sobre todo, en forma auditiva, porque el oído y no la vista es el medio natural de asimilar una lengua extranjera; precisamente el mismo gracias al cual se adquiere la lengua materna.

“Estoy convencido de que si el profesor se propone enseñar y los alumnos aprender a hablar una lengua extranjera, la tarea resultará, empleando un método adecuado, seguramente no más ardua y sí más interesante que si la labor se reduce al estudio de textos escritos”.

Es posible que la breve y esquemática exposición que acabo de presentar, despierte en algunos de mis colegas cierta comprensible resistencia, surgida quizás del hábito ya arraigado de aplicar métodos tradicionales. No obstante, me veo en la imperiosa necesidad de apelar al espíritu objetivo y al notable sentido crítico que les son inherentes. Tiene nuestro problema tan vasta órbita y significativa resonancia que requiere en forma imprescindible la más activa colaboración de los pedagogos especialistas, cuyo aporte se traduce en un poder incalculable en la realización de nuestros anhelos. La aplicación de la metodología moderna tiene tan indiscutible trascendencia para la formación de los futuros ciudadanos, que bien vale la pena fomentarla por todos los medios posibles y aunar nuestros mejores esfuerzos en pro de una digna y bella causa que nos es común.